

ESCUADERO BAZTÁN, Juan Manuel; ESCALANTE VARONA, Alberto y RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN, María José (eds.), *Sociabilidad, escritura e interpretación literaria en el siglo XVIII*, Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2025, 266 pp.

El proyecto reformador de la Ilustración, que planteaba una profunda transformación cultural, intelectual y epistemológica, no podía desarrollarse en el vacío ni depender solamente de la labor aislada de unos cuantos pensadores, por más señeros que estos fueran. Para llevar a buen término la renovación que se proponían las gentes de letras era necesario establecer redes de colaboración activa, que generasen, difundiesen y pusiesen a producir el conocimiento, y que contasen con el apoyo de los poderes públicos e institucionales, a fin de llegar a todos los estratos de la sociedad. En otras palabras, la aspiración ilustrada a tener un impacto real en el progreso de la humanidad hacía que sus esfuerzos tuviesen que ser necesariamente colectivos, tanto en el desarrollo de sus postulados como en la promoción de sus programas. Por tanto, estudiar la historia de la Ilustración europea requiere conocer las dinámicas de producción e interpretación colectivas.

Por esta razón, el libro *Sociabilidad, escritura e interpretación literaria en el siglo XVIII*, fruto de la labor conjunta del Grupo de Investigación TESORO de la Universidad de La Rioja y del Proyecto de investigación I+D+i *Teoría de la lectura y hermenéutica literaria en la Ilustración europea: la praxis lectoral, interpretativa y crítica*, desarrollado en el IEMYRhD de la

Universidad de Salamanca, propone un análisis desde las redes de socialización que lo articularon y que permearon todos los estadios del círculo hermenéutico. Para hacerlo, el volumen presenta dos secciones, cuyos estudios de caso construyen poco a poco un panorama general, vario y polifónico de la época. La primera parte, titulada «Sociabilidad, política y escritura literaria», está consagrada a los procesos de producción literaria, caracterizados por su condicionamiento social, en el que varios actores intervienen en la confección final de las obras. La segunda, en cambio, toma el nombre de «Lectores, críticos e intérpretes» y se dedica a las dinámicas lectoriales e interpretativas desde una perspectiva social e histórica, con el fin de comprender los efectos potenciales de las letras y el papel que debían –o podían– cumplir.

El artículo que abre la primera sección está firmado por Juan Manuel Escudero Baztán y lleva por título «Los salones de pasos perdidos de la tragedia neoclásica: la *Eponina* de Cristóbal Cortés y Vitas». En él, el autor analiza la tragedia del escritor navarro, mostrando cómo este intentó ceñirse a los preceptos neoclásicos para, así, franquearse el paso a los círculos ilustrados de Madrid. Después de todo, Cortés y Vitas escribió la pieza para los premios de la Real Academia Española de 1798, los cuales fungían como una puerta de entrada a los salones capitalinos. En este sentido, *Eponina* se ciñe a los postulados franceses y las directrices de Luzán: representa un episodio histórico de época romana, se acomoda a la estructura de la tragedia amplexa, se propone un fin moral y educativo y

respetar las tres unidades clásicas. Con ello, Escudero Baztán ilustra el modo en que una composición reglada podía responder a intereses contextuales, como la promoción social de su autor.

El siguiente capítulo, titulado «Las redes de la regularidad clasicista: injerencias en el proceso de creación dramática de *El Sigerico* (1788-1790)» y escrito por Alberto Escalante Varona, defiende una tesis similar. En esta ocasión, se analiza el proceso de corrección al que Manuel Fermín de Laviano sometió su tragedia y las intervenciones que hicieron en ella algunos actores externos, como el censor Santos Díez González. Al fin y al cabo, la intención del dramaturgo era combatir su fama de escritor de comedias «vulgares» y «desarregladas» y granjearse un nombre como autor de prestigio. Para lograrlo, envió su manuscrito a lectores reputados por su rigidez formal y les pidió su dictamen. De este proceso surgieron tres estadios de redacción, que delatan los ajustes que Laviano hizo a su obra. Aunque esta, finalmente, no alcanzó el éxito esperado, sí muestra cómo la escritura de una pieza dramática podía ser empleada por su autor para ascender en el escalafón literario y social.

En «Tramas del poder borbónico en el teatro de los “novatores”: los dramas histórico-políticos de Antonio de Zamora y José de Cañizares», Renata Londero analiza cuatro piezas de temática histórica compuestas por los dramaturgos madrileños. Según ella, al tratarse de poetas de corte, ligados a la estructura del poder, los autores utilizan sus argumentos para referirse indirectamente a las circunstancias políticas que les eran contemporáneas.

De esta manera, el carácter histórico de las piezas no desdice de su «ocasionalidad», firmemente anclada en el presente. Las obras, entonces, les sirven para homenajear al rey y a la nobleza o, en su defecto, para cuestionar algunas de sus decisiones y cumplir así con el papel didáctico del teatro. Bajo esta perspectiva, la labor letrada no podría entenderse en abstracto, sino como una actividad socialmente situada, que dialoga con el contexto que la rodea.

Tal como señala su título, «Las tertulias de los sainetes de la segunda mitad del siglo XVIII» de Christian Peytavy se propone caracterizar las tertulias a partir los sainetes dieciochescos. Tras cotejar la representación que se hace de ellas en varias piezas dramáticas, el autor las define como unos espacios de socialización, organizados normalmente por mujeres, que completaban los entretenimientos de la tarde y se ofrecían con una regularidad establecida, a veces semanal, a veces diariamente. Con una mezcla de contertulios habituales e invitados esporádicos, estos eventos se alejaban de la discusión erudita y, en cambio, se presentaban como una ocasión para comer, beber, bailar, jugar y conversar de temas ligeros, noticias y chismes. Según Peytavy, por tanto, los sainetes se servían de las tertulias para divertir al público, pero también para desengañarlo, mostrándole la vacuidad de estas reuniones.

Alberto Romero Ferrer también dedica su estudio a analizar el modo en que el teatro caracteriza algunos espacios públicos y privados, pero esta vez tomando como punto de partida las acotaciones escenográficas. En «Sociabilidad popular *versus* sociabilidad burguesa en el imaginario teatral: de la

taberna al café. Acotación y escenografía en la Ilustración española», el autor hace un recorrido por distintos escenarios del teatro dieciochesco, presentándolos como lugares de socialización e intercambio que están determinados por los grupos sociales que alojan. En este sentido, la tradición costumbrista le resulta de mucha utilidad, puesto que le permite comprobar la evolución progresiva de los ambientes. El traslado del palacio al hogar constituye, así, un cambio más profundo: de las dinámicas cortesanas a la nueva realidad burguesa. El café, a su vez, se establece como el escenario de sociabilidad paradigmático de esta última clase, mientras que las plazas, las ferias y, sobre todo, las tabernas permiten redescubrir a los sectores populares de la sociedad.

La primera parte del monográfico concluye con el artículo de Carlos Mata Induráin. Se trata de «*Los malcriados* (1797), una “novela instructiva” prácticamente desconocida del brigadier Fermín de Eguía Ramírez de Arellano» y está dedicado a una novela olvidada de la tradición navarra, inscrita dentro del género educativo o pedagógico. Al tratarse de una obra muy poco conocida, Mata Induráin ofrece una descripción detallada de la misma, que revela las estrategias textuales –de carácter preminentemente referencial– con las que el autor presenta una serie de modelos positivos y contramodelos negativos e insiste en la importancia de la educación. De esta manera, rescata un título que sigue la estela de figuras como Rousseau y Montengón y que recoge algunas ideas ilustradas sobre la crianza.

La segunda sección, esto es, «Lectores, críticos e intérpretes», comienza

con un capítulo de Miguel Amores Fuster, titulado «Torres Villarroel y la postura literaria en el siglo XVIII: la autobiografía como proyección textual de la imagen autorial». En él, el investigador utiliza el concepto de «postura literaria», de formulación reciente, para analizar la *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras* del escritor salmantino. Según él, la imagen autorial que Torres Villarroel proyecta a través de su escritura y sus comportamientos es esencial para comprender las estrategias textuales de su obra, la cual debe comprenderse como un diálogo con su fama o, mejor, su mala fama. En otras palabras, la *Vida...* adquiere su justo sentido cuando se la considera como un juego continuo con su imagen pública, en el que no busca aprobarla o contradecirla, sino escribir desde ella; es decir, explotarla. Así, los prejuicios extraliterarios que pesan sobre su obra no estarían deformando su percepción; antes bien, serían una parte consustancial de la misma.

A continuación, Carmen García Cela dedica su artículo «Perfiles del lector en el fragor de la polémica. Antoine Sabatier de Castres (1742-1817), autor de *Trois siècles de notre littérature*» a analizar las controversias que el crítico francés sostuvo contra los *philosophes* y, en particular, contra Voltaire. Tal como señala la autora, estas contiendas verbales –que emplearon libelos, tratados, diccionarios, periódicos, cartas privadas y otros muchos soportes textuales– formaron parte de una estrategia de promoción autorial y ascenso social que, a la larga, no dejó perdedores: Voltaire murió cubierto de gloria y Sabatier pudo perfilarse como un defensor del

absolutismo, granjeándose notoriedad y posteriormente un puesto en la corte y un estipendio generoso. En consecuencia, la polémica fue, durante el siglo XVIII, una herramienta efectiva para labrarse una posición no solo en la República de las Letras, sino también en la sociedad estamental del Antiguo Régimen.

En el capítulo «La categorización lectora en la Ilustración: del hombre instruido al lector sensible», María José Rodríguez Sánchez de León muestra la progresiva transformación de un modelo de lectura ilustrada a una interpretación en la que la sensibilidad y sus diversos conceptos se erige en el centro de los discursos. Según la autora, el primer paradigma, definido por la clásica instrucción y la utilidad, se encuentra en tratados destinados a enseñar a leer con razón y gusto a partir del conocimiento de las reglas de las artes poética y oratoria. Sin embargo, las novelas y otras obras de ficción exigían de un lector tan cualificado como sensible. De ahí que se explique en estas páginas que la educación en la sensibilidad resultó tan pertinente como el conocimiento de las reglas y los modelos. A través de las ficciones en prosa y de la imaginación de los lectores se alcanza también la formación moral y cívica. Se estudia así, por consiguiente, la aceptación ilustrada de una lectura moral basada en la educación en la sensibilidad que reconoce las relaciones entre la experiencia lectoral y la imaginación.

Pablo Martín González, por su parte, consagra su artículo «Recreación y visión novelesca en las versiones de las *Novelas ejemplares* recogidas en la *Ter-tulia de la aldea* (1768)» a estudiar los

cambios formales y estructurales con que el editor Manuel Martín adaptó la obra cervantina a su colección popular. El análisis, por tanto, recorre tres ejes: la eliminación de las referencias al acto de escribir; la disminución del grado de detalle en las descripciones y la transposición de discursos directos a estilo indirecto, y la omisión de referentes ficticios que relacionan el texto con el extratexto. Según el autor, estas modificaciones responden a la necesidad de acercar las obras a los hábitos de lectura de un público rural, de clase media y bajo nivel cultural, al tiempo que se enfatiza su función recreativa, con el fin de obtener una respuesta emocional inmediata por parte de los receptores.

El capítulo «Voces disonantes y lecturas críticas. La emergencia del individuo en el teatro neoclásico» de José Roso Díaz, en cambio, analiza el modo en que la comedia neoclásica de buenas costumbres cumplió un papel didáctico en el programa de reformas ilustrado, al promocionar un nuevo prototipo social: el hombre de bien, voz crítica –fundamentada en la razón– que promueve la transformación social. En este sentido, el teatro dieciochesco no solo hizo una radiografía de los problemas de la comunidad, representados normalmente dentro del ámbito familiar, sino que impulsó el individualismo moderno, de estampa burguesa, a través de la figura del corrector. Este último, concluye el autor, encarnó el ideal ilustrado, al emplear su buen sentido para encontrar soluciones a los conflictos y mostrarse como un promotor del progreso, en un género que resultaba idóneo para reflexionar

sobre los retos a los que se enfrentó la sociedad del XVIII.

En «Lectores y críticos desde la óptica de los Mohedano», Ismael López Martín estudia el modo en que los autores de la *Historia literaria de España* (1766-1791) concebían el papel de la historiografía en relación con sus lectores y críticos. Según el investigador, los franciscanos sostenían que los primeros debían ser activos y participar en la experiencia de descubrimiento, infiriendo consecuencias y conclusiones, pero siempre bajo la dirección de maestros. Los Mohedano, por tanto, proponen educar en el saber libresco a sus lectores, en la tradición literaria más culta adoptando un planteamiento didáctico ligado a las autoridades, cuya labor se presenta como referentes irrefutables del pensamiento. La pretendida objetividad de su obra y su prolijidad derivó en una larga serie de críticas de las que los hermanos Mohedano se defendieron estableciendo su propia idea de lo que debería ser una correcta metodología crítica.

Finalmente, Franco Quinziano cierra el libro con su artículo «Conti y Napoli Signorelli en la España de Carlos III: sociabilidad cultural, lecturas y debates». En él, Quinziano reconstruye la trayectoria de los intelectuales italianos Giovanbattista Conti y Pietro Napoli Signorelli, quienes cumplieron un papel capital como mediadores culturales entre Italia y España. Su enfoque se centra en las prácticas de sociabilidad que caracterizaron su estancia en Madrid y, por consiguiente, en su participación en la tertulia de la fonda de San Sebastián y en los lazos que establecieron con los círculos de poder. En

concreto, su amistad con los Moratín les permitió profundizar en la tradición ibérica y, al mismo tiempo, inculcar la lectura de los italianos en el círculo reformista. Al final, la amistad virtuosa; la fructífera conversación, y los debates, comentarios y traducciones que propiciaron estas redes intelectuales moldearon la biografía, el pensamiento y la obra de los contertulios.

*Sociabilidad, escritura e interpretación literaria en el siglo XVIII*, por tanto, ofrece un amplio panorama sobre las prácticas de producción y recepción colectivas durante el Siglo de las Luces, con la novedad de considerar el círculo hermenéutico en su totalidad: desde la escritura de las obras, en las que varias manos intervienen directa o indirectamente –autor, censores, críticos, prensa, círculos intelectuales o de poder–, hasta su interpretación, que adquiere un carácter social y comunitario, en el que los prejuicios populares, la polémica, la sensibilidad y la imaginación, la calidad de los públicos o las redes de sociabilidad cumplen un papel mediador. Los estudios, entonces, sirven para iluminar progresivamente distintas perspectivas del problema, retratándolo en su complejidad y, sobre todo, en su pluralidad, con la consciencia de que una respuesta unívoca sería imposible. De esta manera, este volumen viene a enriquecer las discusiones, siempre provechosas, sobre los proyectos reformadores y las transformaciones culturales del siglo XVIII en su naturaleza prima: el de un movimiento que, al querer mejorar a la humanidad, tenía que ser necesariamente colectivo y transversal.

Miguel AGUIRRE-BERNAL